

El arte de ponerse en lo peor

Elia Barceló

Considerando que este encuentro nos ha reunido precisamente porque todos nosotros tenemos alguna relación privilegiada con el tema que nos ocupa -las distopías literarias-, no considero necesario comenzar ni ofreciendo una definición ni haciendo historia del fenómeno, aunque son temas que, naturalmente, podemos tratar en el debate si, más adelante, sentimos la necesidad de hacerlo.

Personalmente, encuentro interesante reflexionar sobre la necesidad (individual y social) de escribir distopías y los posibles beneficios de hacerlo, así como sobre la relación de la distopía con la realidad por un lado y con la utopía por otro.

Cualquiera que mire a su alrededor con los ojos abiertos y dirija su mirada un poco más allá de nuestro civilizadísimo primer mundo, se dará cuenta de que en muchos lugares del planeta se está viviendo una distopía en este mismo momento. Hay lugares donde a las mujeres se las mutila, viola, maltrata, golpea, compra y vende sin ningún tipo de consecuencias; y lugares donde, si nace una niña, se la deja morir o no se busca ayuda médica si enferma, donde estadísticamente, faltan millones de mujeres, mientras que los hombres adultos no encuentran pareja y tienen que recurrir a robots sexuales para satisfacer sus necesidades. Hay países donde millones de niños, aunque sean varones, llevan una no-existencia, sin papeles, sin existencia oficial, porque tuvieron la mala suerte de nacer en un lugar donde el Estado solo permitía tener un hijo y, en el caso de que naciera un segundo por error, ese niño jamás tendría acceso a una formación, ni siquiera a un nombre propio, a menos que tuviera la suerte de que muriese su hermano mayor y él pudiera “heredar” su existencia. En otros sitios los homosexuales son “legalmente” asesinados por su orientación sexual. En otros, millones de personas arrastran una existencia miserable porque han nacido en la casta inferior de una sociedad salvajemente estratificada y son poco menos que objetos. Seguimos teniendo esclavitud, censura, terror, ejércitos de niños soldados, dictaduras bestiales, mujeres sometidas que se ven obligadas a vender sus cuerpos y su capacidad reproductiva, hambrunas que diezman los países, lugares donde no hay acceso al agua limpia y no hay más que un médico por cada par de miles de habitantes, estados que controlan minuciosamente a su población y los encarcelan o ejecutan

sin juicio, religiones que sojuzgan a sus fieles, no les permiten pensar racionalmente y estimulan su odio a los que no tienen las mismas creencias...

Por no hablar de que todos sabemos que en los hielos del ártico hemos pasado el punto de no retorno, que las aguas del mar están subiendo inexorablemente, que la corriente del Golfo que nos asegura un clima soportable está a punto de colapsarse, que los océanos están llenos de plástico, que los residuos radiactivos que tan a la ligera hemos enterrado van a seguir envenenando el planeta durante miles de años... La verdad es que, por mucha imaginación que desarrollemos los escritores, con mirar alrededor nos damos cuenta de que ya estamos inmersos en una distopía perfectamente real.

Por eso, supongo, hay escritores que usan elementos fantásticos y sobrenaturales para que su distopía siga perteneciendo al género y no se convierta en una novela realista de denuncia social.

¿Necesidad social o individual?

Un punto a debatir, en mi opinión, es si las distopías literarias actuales surgen por una necesidad social o por un prurito individual. Es decir: ¿estamos en un momento histórico que nos lleva a imaginar escenarios aún peores porque hemos perdido por completo la fe no solo en la ciencia sino en la política y, en definitiva, en el ser humano? ¿O bien se trata de que los escritores, siempre inquietos, sentimos la necesidad personal de servirnos del género distópico, ya que está a nuestra disposición, para plantear cuestiones que de otro modo no podríamos mostrar con tanta precisión?

Lo que parece claro es que la era de las utopías pasó y no ha regresado. Cuando en el periodo histórico que ahora llamamos Ilustración se empezó a pensar que los seres humanos somos buenos por naturaleza y, con la debida educación para todos, apoyados en la ciencia y en la razón, dirigidos por políticos sabios e íntegros, podríamos llegar a vivir en un paraíso, la utopía parecía posible. Hasta que llegó la industrialización, y después de haber eliminado los privilegios aristocráticos con la esperanza de que con eso se llegara a la igualdad, la gran burguesía con su codicia ilimitada empezó a pervertir la sociedad arrebatándole la esperanza de un mundo mejor.

Luego llegaron las dos guerras mundiales, con nuestra guerra civil entre ambas, y, en España, se instaló una dictadura monstruosa, además de larguísima, que creó un país aplastado por la

censura, por la iglesia, el ejército y la policía, y una clase política omnipotente, brutal, ignorante y contraria a todo lo que oliera a modernidad, ciencia y adelantos técnicos y sociales.

No es extraño que los escritores españoles de mi generación, que vivieron este ambiente social y se nutrieron de obras estadounidenses que iban surgiendo como respuesta al terror atómico y a la guerra fría, nos interesemos por el género distópico y encontremos ocasiones de usarlo, aunque cada uno de nosotros elija un color distinto para el cristal a través del que mira la realidad.

Hay quien escribe alegorías de fin del mundo en las que los zombis tratan de comerse el cerebro de los humanos que aún siguen vivos, mientras que otros, entre los que yo me cuento, hacemos distopías que al primer golpe de vista parecen más amables, como sociedades muy parecidas a la presente, pero en las que la libertad individual, el derecho a la intimidad y el libre arbitrio han dejado de existir en aras del “bien común”, los ciudadanos se han convertido en consumidores, y la venta de bebés sanos es una de las fuentes de ingresos más importantes para el país. Una sociedad en la que todo es limpio y de colores, y cuyos monstruos no pueden ser abatidos individualmente ni con armas de fuego ni con bates de baseball.

¿Por qué escribimos distopías? ¿Admonición o consuelo?

¿Escribimos distopías para advertir a nuestros lectores de lo que puede suceder si seguimos por el camino que hemos emprendido? Es una posibilidad. La ciencia ficción en general ha usado este efecto admonitorio desde sus comienzos, aunque nunca haya servido para nada. ¿Escribimos, por el contrario, para consolarnos pensando que, aunque la realidad sea ya bastante negra, podría ser mucho peor?

Esa es una idea a la que le he dado muchas vueltas y que emparenta el género distópico con el de terror. En los dos se muestra un ambiente en el que un fenómeno de menor o mayor alcance ha creado una seria ruptura y ha puesto cabeza abajo todo el orden establecido -individual, familiar, social-. La obra literaria se dedica a mostrar las consecuencias y repercusiones de esa ruptura y el largo camino del restablecimiento del orden hasta que el peligro queda conjurado.

La diferencia suele ser que en el género de terror el final es positivo, aunque el precio haya sido muy alto, y en la distopía el final suele ser bastante negro, aunque hay algunas que ofrecen un rayo de esperanza.

¿Nos gusta leer distopías porque nos muestran lo que no debemos hacer si no queremos acabar así o, por el contrario, nos gusta la sensación de que, aunque nuestro mundo no sea precisamente el mejor, podría ser bastante más horrible?

En mi opinión, en general a los lectores (quizá a los humanos, sin más) no nos gustan las admoniciones. Casandra nunca le ha resultado simpática a nadie, a pesar de tener razón; precisamente por tener razón. Casi siempre que a uno le advierten lo que puede pasar si hace esto o aquello, prácticamente se siente estimulado a intentarlo. El “no será para tanto”, el “eran otros tiempos”, el “ahora hemos avanzado mucho” se impone a cualquier admonición.

Me inclino a pensar que, en la distopía, la motivación del escritor es diferente a la del lector. Es muy posible que el autor escriba para advertir de algo que cree haber descubierto y que le da mucho miedo. Escribe para comunicar esa inquietud y, con ello, ayudar quizá a que otros vean el peligro y hagan algo para que no se haga realidad. O, si no consigue que cambien las cosas, en cualquier caso, es posible que al escritor le tranquilice pensar “yo ya lo advertí”, “lo sabía, lo escribí y, si nadie me ha hecho caso, ya no es culpa mía”.

Sin embargo, cuando leemos distopías, como público general (o cuando un escritor lee la distopía imaginada por otro) no buscamos advertencias ni admoniciones ni consejos. Buscamos épica, narrativa, tragedia... *voyeurismo*, placer de lectura, placer intelectual.

A los humanos nos gustan las catástrofes, los desastres, los finales apocalípticos... en el arte, claro, o cuando les suceden a otros. Pero aquí estamos hablando de literatura y, aunque no podemos ni debemos descartar el componente puramente humano, creo que es importante hacerse preguntas sobre por qué nos resulta interesante o atractivo -artística, intelectualmente- leer obras en las que suceden cosas terribles a una sociedad, a un país, no solamente a un individuo concreto (aunque, normalmente, la catástrofe siempre está enfocada en el protagonista o un pequeño grupo de protagonistas).

Posibles razones literarias

Como de tantas otras cosas a lo largo de la historia, yo creo que la culpa la tienen los antiguos griegos.

Fueron ellos quienes establecieron la jerarquía de los géneros (también fueron ellos quienes los identificaron y nombraron) y, en esa jerarquía, lo excelso es la tragedia, mientras que la comedia ocupa el escalón inferior. La novela, que en su época no existía aún, fue considerada más tarde en la época alejandrina como un pasatiempo que apenas si se podía admitir como literario.

Lo que enaltece al lector/espectador es la visión de lo terrible, que puede sucederle a un personaje o a un pueblo, ya que, vicariamente, a través de la identificación con esos personajes y conflictos de ficción, podemos llegar a la catarsis purificadora. O al menos eso era lo que pensaban los griegos.

La mayor parte de personas formadas sienten que, aunque la comedia sea mucho más agradable, y en ocasiones también aleccionadora, enriquecedora e incluso un buen impulso para la reflexión cuando se apagan las risas, la tragedia, con sus espantos y su doloroso, necesario, final es lo que más llena, lo que más peso deja en el alma y lo que sentimos como de mayor valor artístico.

Es decir, que seguimos haciendo y sintiendo lo que los griegos dijeron hace un par de miles de años. Pero ¿lo hacemos porque lo tenemos tan bien aprendido que no conseguimos salir de ello o bien lo hacemos porque es connatural a los seres humanos y los griegos se limitaron a darse cuenta de ello y ponerlo por escrito?

En mi opinión, ese *penchant* por la catástrofe está muy arraigado en el corazón humano. No hay más que ver que las noticias que más venden y más impacto tienen son las peores desde el punto de vista de las personas implicadas.

Las distopías tocan esa morbosa fibra humana mientras, a la vez, al tratarse de una manifestación artística y, por tanto, inventada, nos dejan la tranquilidad de que no ha sucedido ni va a suceder en la realidad. Podemos considerarlo un ejercicio intelectual del que sacar provecho o no, según nos apetezca, para nuestra vida y nuestra actuación social y política.

Y tampoco podemos olvidar que el escritor trabaja dentro de un género establecido, que ya tiene una larga tradición, y es perfectamente consciente de lo que ya se ha hecho y lo que quizá aún se pueda hacer, porque en nuestros días la originalidad tiene un peso importante y nadie quiere ser acusado de falta de originalidad y mucho menos de plagio. Por eso -pienso yo- hay distopías

(como hay novelas negras) en las que se exagera a propósito la catástrofe o la situación límite en la que se encuentran los personajes simplemente porque, si no llega al máximo de intensidad o de crueldad o de desastre, los lectores habituales del género no lo van a encontrar suficientemente terrible y van a quedar decepcionados.

Como, al parecer, ya no se nos ocurren “otras cosas”, nos contentamos con hacer “más de lo mismo”, enfatizando el “más”. En las novelas de asesinos en serie los asesinatos son cada vez más exagerados y barrocos, en las películas de acción los accidentes y persecuciones son cada vez más ilógicos y circenses, en la pornografía ya no se les ocurre qué más hacer para seguir despertando el interés del público habitual.

Aquí me gustaría hacer un breve excursión para plantear algo que me interesa particularmente y que, aunque tiene relación con la distopía, también la tiene con muchos otros géneros:

desde hace ya varias décadas, -y por mucho que se haya hablado de post-modernismo y post-post-modernismo porque algún nombre había que darle a la falta de imaginación que parece aquejar a la mayor parte de creadores de la mayor parte de disciplinas- da la sensación de que casi todas las novedades en todos los campos son simplemente un rizar el rizo de lo ya existente o producir versiones “nuevas” de obras anteriores. Es algo que hemos visto hasta la saciedad en música, en cine y en literatura. Las *cover versions* llenan las emisoras de radio, muchas de las novedades que presentan los cines son refritos de películas que fueron nuevas en los años cincuenta o sesenta, volvieron a filmarse en los ochenta y regresan ahora con otros actores y otra ambientación ligeramente distinta.

En literatura yo llevo décadas esperando que aparezca por fin la siguiente etapa: alguna obra que muestre con claridad que es otra cosa. Pero en vano. Desde hace mucho tengo la sensación de que vivimos en una especie de rococó eterno, de barroco que cada vez se enrosca más en sí mismo y añade más y más adornos, pero que no consigue despegarse de lo de siempre para inaugurar otra cosa. Sí, ahora hay quizá mucha más violencia y brutalidad que hace cincuenta años, más escenas de sexo explícito, más personajes LGTBI..., pero no hay innovación ni en tramas, ni en estructuras, ni en estilos, ni siquiera en ambientación... salvo en algunas obras de ciencia ficción que, cuanto más innovadoras son, más herméticas se vuelven.

Las distopías que producimos tampoco son particularmente nuevas, quizá porque el mundo en que vivimos ya es bastante distópico y cuesta mucho trabajo imaginarse algo muchísimo peor que, sin embargo, permita el juego literario. Quiero decir, podemos imaginarnos la extinción total del planeta, pero nos quedamos sin personajes con los que continuar.

Necesidad de la utopía

Me atrevo a sugerir que lo que más falta nos haría ahora es que empezaran a salir utopías de la mente de los creadores. Que el mundo está mal, y probablemente vaya a estar peor es algo que sabemos todos, por poca reflexión que le dediquemos al asunto. Es relativamente fácil inventar horrores y, como sabemos que hay un público ávido de recibirlos, llegamos a la clásica conjunción de oferta y demanda. A veces surge una distopía que, por la razón que sea, tiene éxito, y en los dos años posteriores, las distopías de ese corte, independientemente de su valor artístico, llenan las librerías o los cines o las plataformas de series en línea.

En mi opinión, actualmente, haría mucha falta que los escritores imaginativos (con esto me refiero a los escritores que inventan historias, conflictos y situaciones que no son cotidianos) se concentraran (o nos concentráramos) en crear utopías posibles, buscando caminos transitables para esta sociedad mundial que está yendo de cabeza al precipicio cada vez a mayor velocidad.

Pero sigue siendo más fácil imaginar una distopía que una utopía, aparte de que nos han hecho creer que el pensamiento utópico es algo anticuado, ingenuo y hasta cursi porque ¿quién quiere “perder el tiempo” leyendo lo que podría suceder en un mundo mejor? Se ha intentado varias veces publicar un periódico de buenas noticias y las ventas fueron ruinosas.

Dificultad de la utopía

No debemos olvidar que un problema al intentar la creación de una utopía -un problema que no existe al crear una distopía- es que de algún modo tenemos que partir de una base probablemente errónea: que los seres humanos tenemos un alto potencial positivo, que somos buenos por naturaleza o al menos podemos llegar a serlo, que compartir es un valor, que la solidaridad está arraigada en todos nosotros, que todos somos iguales en dignidad, independientemente de nuestra raza, país de origen, sexo o género, religión y mil cosas más que, en principio, nos hacen diferentes unos de otros.

La distopía nunca parte de la bondad intrínseca de los seres humanos y, para evitarse otros problemas, también suele ignorar o borrar o prohibir la existencia del pasado para comenzar de cero, “después de la revolución” o “después del desastre”. Los personajes de las distopías se pasan todo el desarrollo de la obra intentando -además de sobrevivir- recuperar lo perdido (la memoria, el pasado, los libros, la libertad...). No tratan de aprovechar la *tabula rasa* en la que

se ha convertido su mundo para intentar crear una utopía, un mundo mejor, partiendo de otros presupuestos, sino que quieren volver al *status quo ante* (nuestro presente actual) que, de un momento a otro, resulta deseable por contraste con el desastre que ha alcanzado a la sociedad contenida en el libro o en la película.

Las distopías tienen también una larga relación con la mentira. Igual que sucede en el mundo actual, pero con un mecanismo más institucionalizado. El Estado miente a la población; la población, para conservar una mínima autonomía, miente al Estado y a los demás. Los medios de comunicación mienten, el pasado se retuerce, prohíbe o reconstruye. Se miente sobre el futuro, se falsean las estadísticas y los datos científicos. Se crea un mundo diabólico, en el sentido que el cristianismo da al diablo, “el padre de la mentira”, de donde nadie puede salir y que nadie entiende. La búsqueda de la verdad se convierte en una empresa imposible, sin esperanza de ningún tipo.

En esa situación límite es necesaria la existencia de un enemigo, sea el que sea; y, caso de que no haya ninguno, se inventa, -otra mentira- porque, al parecer, en la experiencia humana, nada une tanto como la lucha contra “lo otro”, lo que no es “nosotros”. Algunas distopías parecen decir que “la mentira nos salva” porque nos ofrece más posibilidades que la verdad: nos da un camino que podemos seguir, un enemigo al que enfrentarnos, un objetivo que conquistar, una sensación -falsa, pero útil- de que estamos unidos frente a algo, de que podemos sobrevivir. Tristemente, la realidad que nos rodea se va pareciendo cada vez más a ese tipo de distopías sobre todo las de corte político más que ecológico.

Final

Escribir y leer utopías, a pesar de todo, es una de las mejores formas de reflexionar y hacer reflexionar sobre nuestro presente, casi más que sobre nuestro posible futuro. Es una forma de crear conciencia crítica, como todo género literario, de ver el mundo desde otro punto de vista, por otros ojos, con otros criterios; algo fundamental en una sociedad cada vez más abocada a la superficialidad, a la estulticia; cada vez más manipulada por poderes a los que prácticamente no podemos enfrentarnos, poderes intangibles, inasibles, hechos de datos falsos, de palabras

inventadas, de fotos que muestran personas y situaciones que nunca existieron, de algoritmos que nadie comprende.

Quizá por eso géneros como el terror y el *fantasy* estén subiendo tanto en número de lectores: porque presentan unos conflictos a los que aún es posible enfrentarse individualmente o en un pequeño grupo, con una espada, con un rifle, con pasión y locura y buena voluntad, y es posible matar al monstruo o al malo, vencer, recuperar el orden perdido y volver a ser feliz.

Porque esa es una de las cosas que no tienen cabida en la distopía: la felicidad, la estabilidad, la ingenuidad, el humor. La distopía es terror, falta de libertad, arbitrariedad, tortura -incluso en las distopías de colores-, y no hay final feliz porque no es posible, porque el monstruo es el sistema y contra el sistema el individuo no tiene ninguna posibilidad, por mucho que los estadounidenses hayan tratado de convencernos de que un hombre solo puede salvar el universo.

Somos europeos, las distopías son un invento nuestro, y nuestras distopías nunca acaban bien. Por eso quizá fuera el momento de inventar utopías. Quisiera romper una lanza por ello.